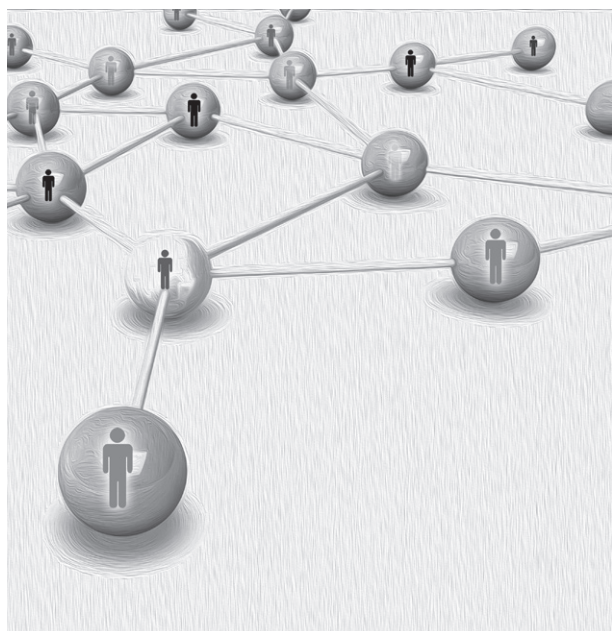


# PERSONA Y TRASCENDENCIA

LUIS MARÍA SALAZAR GARCÍA

Profesor de Teología



El diccionario de la RAE define trascendencia en la tercera de sus acepciones como «aquello que está más allá de los límites naturales». Si aceptamos esta definición, lo cual haremos como hipótesis, la pregunta por la relación entre persona y trascendencia se transforma en una pregunta sobre los límites de la persona: cuáles son y si es posible ir más allá de ellos.

Podríamos afirmar que la persona humana por ser cuerpo está sometida a los límites de todo ser material. Ruiz de la Peña<sup>1</sup> señalaba cuatro limitaciones básicas provenientes de nuestra condición corporal: el espacio, el tiempo, la muerte y la diferenciación sexual, prototipo esta última de todas las diferencias interpersonales. El ser humano vive en un lugar y en un momento determinado y sus días tienen un límite marcado con la fecha de su defunción. Por otra parte somos seres separados y del cordón umbilical, símbolo de todos nuestros anhelos de fusión, nos queda apenas una cicatriz.

Por otro lado, siendo verdad que somos cuerpo, no somos sólo cuerpo sino que nuestra corporalidad se trasciende a sí misma. Va más allá de los límites de su materialidad y de su biología. Es verdad que vivimos en el espacio y en el tiempo, pero con nuestra memoria y con nuestra imaginación escapamos a esos límites imaginando mundos nuevos todavía no realizados, recordando hechos pasados, actualizándolos en cierto modo. Para el ser humano el tiempo no es solamente *Kronos*, sino también *Kairós*, tiempo oportuno, en el que el momento escapa al reloj para abrir los brazos a la eternidad. El espacio y el tiempo son límites «naturales» de nuestra corporalidad pero son límites trascendidos «naturalmente» por nuestro psiquismo.

Tampoco la diferencia y distancia con otros seres humanos es para nosotros un límite absoluto. Es verdad que somos seres separados y que el anhelo de

1. *Imagen de Dios*, Santander 1988, 134-148.

fusión tiene siempre algo de neurótico. Pero también es verdad que el ser humano no es meramente un individuo, sino que, en cuanto persona es un individuo abierto a la relación, abierto, en definitiva a la comunión. No somos mónadas leibnizianas que se mueven en «armonía preestablecida», sino que nos influimos unos a otros de un modo real. Somos seres separados, pero «naturalmente» inclinados a la comunión, percibida como plenitud de nuestro propio ser.

La relación de la persona con la realidad no humana, de la cual se siente responsable y tutor, y la relación con el resto de los seres humanos, pueden entenderse como verdaderos cauces de trascendencia por los que el ser humano supera en cuanto persona los límites que percibe como individuo. Parafraseando la definición de la RAE podemos afirmar que en cuanto persona, el ser humano va «más allá de los límites naturales del individuo». Pero si el ser humano trasciende su corporalidad, y la persona trasciende su individualidad, ¿cuáles serían entonces los «límites naturales» de la persona?

Para intentar ofrecer alguna respuesta a esta cuestión buscaremos inspiración en dos pensadores del siglo XX, Jaspers y Maslow, utilizando sus intuiciones con cierta libertad. Ambos, desde una perspectiva claramente humanista (sería un exceso llamarla personalista) detienen su mirada sobre la percepción del límite.

Jaspers considera en toda su obra, que los seres humanos siempre están en situación, expresando: «las situaciones cambian, las ocasiones se suceden. Si éstas no se aprovechan no vuelven más. Puedo trabajar para hacer que cambie la situación. Pero hay situaciones por su esencia permanentes, aun cuando se altere su apariencia momentánea y se cubra de un velo su poder sobrecogedor: no puedo menos de morir ni de padecer, ni de luchar, estoy sometido al acaso, me hundo inevitablemente en la culpa». Estas situaciones son las que Jaspers llama, Situaciones Límites<sup>2</sup>.



Estas situaciones límite muestran al ser humano, a todo ser humano, la frontera de la inmanencia, el espacio que le es permitido, en el que puede moverse lícitamente. Me viene a la memoria la famosa definición de agnosticismo que popularizara Tierno Galván. Agnóstico, decía él y cito de memoria, es el que permanece cómodamente instalado en la inmanencia. La inmanencia, añadiríamos, es lo que permanece dentro de sus límites, es aceptar la imposibilidad de traspasar las situaciones límite.

Sin embargo, las situaciones límite producen en nosotros una fascinación, atraen nuestra mirada generando un deseo de traspasarlas, de penetrar en ellas hasta superarlas. Se trata de un deseo «erótico»<sup>3</sup> en el más noble sentido de la palabra, puesto que es el deseo que brota de la carencia, es el amor que está enraizado en la propia indigencia.

- 
2. Alvarez, Marcela. «El concepto de situación límite en la psicología fenomenológico-existencial de Karl Jaspers», en Revista Ethos, <https://revistaethos.wordpress.com/2012/01/14/situacionlimite/?blogsub=confirming#subscribe-blog> (última consulta 22-3-2017). La cita de Jaspers pertenece a *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1978. p 17.
  3. Invito a acercarse a la obra de Byung-Chul Han, *La agonía del Eros* (Barcelona 2014), en la que reflexiona con audacia sobre esa fuerza trascendente del Eros para la creación artística, para la política y para el pensamiento en general.

Por último este amor que trasciende sin trascender, si no se reprime a sí mismo se expresará como el anhelo de que haya algo, o mejor alguien, más allá del límite. El deseo de trascender los límites vivido como amor erótico, amor carencial, está preñado de la esperanza de que los límites sean superados desde el otro lado. La esperanza de que más allá del límite que intentamos impotentemente superar, exista alguien, fuente de un amor agápico, sobreabundante, que allane los abismos y abata los muros. Que nos libere en definitiva de nuestros límites.

Maslow, por su parte, nos hablará de experiencias cumbre (*peak*), en la línea de lo que otras corrientes psicológicas denominarán «estados de flujo», concebida como un estado alterado de conciencia que se considera en la base de muchas experiencias humanas de plenitud, desde las experiencias místicas hasta otras experiencias de contemplación estética o incluso deportivas.

En las experiencias cumbre se da por tanto una disolución de las fronteras del yo, una fusión con todo el universo. Existe por tanto una trascendencia del yo, una difusión de nuestros límites, y una comunión con lo que nos rodea. No importa nuestra historia pasada ni nuestros miedos y anhelos futuros, estamos inmersos en el aquí y ahora pero más allá de nuestros límites habituales<sup>4</sup>.


Maslow interpreta este tipo de experiencias en conexión con el proceso de autorrealización, liberándolas de cualquier otra connotación psicopatológica. Estas experiencias no sólo no son negativas, sino, al contrario, expresan lo más noble de la experiencia humana. Lo cual se refleja no sólo en el momento mismo de la experiencia, sino también en los efectos que esta tiene para el resto de la vida de quienes la experimentan: unidad (interna y externa), una fuerte emoción positi-

va, la trascendencia a las categorías espacio y tiempo, sentido de lo sagrado (numinosidad), inspiración al talento, naturaleza paradójica, objetividad y realidad de las percepciones obtenidas, inefabilidad...

Sin embargo para Maslow es muy importante separar esta experiencia de cualquier referente teológico o sobrenatural, aunque durante miles de años se haya asociado con tales cosas. Por ser ésta una experiencia natural, si bien dentro del terreno de la ciencia, yo la llamo experiencia límite.

Estaríamos ante lo que se ha venido en llamar un trascender sin trascendencia. Dicho de otro modo interpretar las experiencias del límite desde el pre-judicio de que no existe nada más allá del límite y que por tanto resulta absurdo intentar trascenderlo.

Permitidme para terminar proponeros una imagen en la que quedarían presentadas estas dos posibles interpretaciones del límite. Imaginad dos personas encerradas en una estancia, después de haberla recorrido y disfrutado de su contenido acaban sintiéndose encerrados y se acercan a la pared, comprobando dolorosamente la solidez de los muros, buscan alguna puerta, y la encuentran también cerrada. En ese momento su actitud se divide: Uno de ellos golpea la puerta incesantemente con la esperanza de romperla o de que alguien, al otro lado escuche sus golpes y venga a sacarlo. Por el mismo motivo permanece atento a cualquier ruido que pudiese proceder del exterior. La segunda decide forrar de espejo las paredes, como hacemos con los ascensores, para perder la percepción del límite y tener así «cierta sensación de amplitud».

Personalmente prefiero poner oído a quien, desde fuera, también golpea insistentemente la puerta pero, excuso decir, que en nuestra sociedad narcisista, lo de los espejos encontrará siempre un «amplio mercado». 

4. Padilla, Experiencias Cumbre Maslow, en <https://joaquinpradilla.wordpress.com/2013/06/11/experiencias-cumbre-maslow/> (última consulta 1 de abril de 2017). Puede ser una primera introducción al concepto de experiencias cumbre en conexión con la experiencia numinosa de Jung.